

estaba parcialmente abierta. Creo poder haber visto debajo de esas profundas heridas cómo los glóbulos rojos se peleaban por salir. Cómo la sangre iba manchando el piso y ninguna parte de mi cuerpo sabía exactamente qué hacer. La vez pasada ella tiró sal en los cortes de mi hermano y yo no hice nada para evitarlo. Todavía recuerdo esa voz de niño llorando por su papi y pidiendo ayuda. Una cosa eran los insultos y la baja autoestima que causaban, pero ahora el abuso también era físico.

Un papá es muy importante y en esta situación él es la razón por la que ella siempre se sale con la suya. Porque dañaría su salud psicológica que sea su hija la responsable de su esposa. Él hace todo para hacerla feliz, sacrifica mucho para que obtenga lo que desea y jamás resultaba recompensado. Pero esta vez era distinto. Hace ocho años ella hizo una única promesa. Jamás nos volvería a tocar. Y las promesas que me hacen se tienen que cumplir.

—Oye, escucha. No tiene la culpa. Ella solo —está mal. Eso era lo que quería decir y no se atrevió.

—¡Ah! —Fue lo único que salió de los labios que hasta ahora he temido.

Había imaginado este momento muchas otras veces, pero no sabía cuán gratificante se sentiría. La emoción no se compara con ninguna otra. Ver su sangre correr entre mis dedos me otorgó el éxtasis que necesitaba. Que deseaba. Una puñalada no fue suficiente, yo quería que ella sufriera. Una en el abdomen, otra en el brazo, en el cuello, hasta poder ver cómo de sus venas se derramaba toda esa sangre que nos había creado. Sus gritos solo aclamaban que lo siguiera haciendo. Nunca había sentido tanto poder sobre ella o sobre cualquier otra persona. Era única. Cada signo de dolor en su rostro significaba un triunfo para mí. Cada lenta palpitación que daba su corazón, signo de su agonía, era la perfección en mis oídos. Eventualmente, supe que ya no estaba, pero solo seguí por diversión, porque después de tanto tiempo me sentía libre.

Cuando la miré a los ojos, fue extraño. Creo que su mirada, por fin, cobró algún significado. Pero no importaba, ahora era otro cadáver más sin ninguna etiqueta.

OREJITAS **Brian Paredes**

Para cuando se dio cuenta ya era muy tarde: a B le gustaba S. Ella parece corresponderle; aunque, coqueta al fin y al cabo, no le deja el camino libre de complicaciones.

Por favores de la providencia (¿o serían quizás los apus?) ambos están de excursión junto a un grupo de amigos, recorriendo pueblitos cercanos a la ciudad del Cusco. Las caminatas durante el día por ceja de selva son largas y agotadoras, por lo que en las noches suelen dormir temprano luego de comer y tomar unas cervezas. Pero cuando B se acuesta no puede dormir, el desgaste físico es ignorado y piensa en S. Desea verla.

Una noche generosa en brillo lunar, de las últimas del viaje, B recuerda el aroma de S y, como de costumbre, no logra dormir. ¿Cómo hacer para acercarme y poder arrancarle siquiera un beso?, se repite. A través de la ventana observa la noche y el cielo nutrido de estrellas (escena impensable en su ciudad), observa como planeando una estrategia práctica y milagrosa, mientras sus compañeros de habitación empiezan a quedarse dormidos uno tras otro, fatigados por la jornada. Algunos emiten sonoros ronquidos, B no los percibe. Trae a su mente todas las historias y leyendas acerca de deidades incas sobre las que ha oído hablar durante la última semana. Se concentra en sus ansias por ver a S cerrando con fuerza sus ojos y puños. Siente un tirón en el cuello y, de golpe, cae preso de un sueño atroz.

Cuando B despierta aún es de noche. Sus amigos siguen lanzando ronqui-

dos, las estrellas y la luna permanecen vigilantes y luminosas, cómplices. Sin embargo, algo ha cambiado, no tarda en notarlo: todo está abrumadoramente grande. Error, yo soy quien está mucho más pequeño, se percata. B se ha convertido en un pequeño y ordinario zancudo, en un *Aedes albopictus* con alas y todo lo demás. La inesperada transmutación no le preocupa (esto debe ser un sueño loco causado por el cansancio y las cervezas). Por el contrario, se siente cómodo; así que inicia un revoloteo torpe. De a pocos logra dominar el vuelo con la idea fija de poder, ahora sí, llegar hasta donde duermen S y sus amigas.

Sale por la ventana y se dirige a la habitación de las mujeres, en el segundo piso. Para fortuna de B la noche es calma y el viento leve, la perspectiva del mundo desde sus nuevos ojos le divierte. La recompensa al corto vuelo es encontrar entre todas las durmientes a S. La observa suspendido desde lo más alto de la habitación, batiendo sus alas, intentando que su zumbido sea mínimo, con más deseos de be-

sarla que las noches anteriores. Al poco rato no resiste más y se lanza, en espiral, hacia ella.

A la mañana siguiente, temprano, cuando el grupo se dispone a iniciar la última jornada de camino, S comenta con los demás que los bichos la han devorado durante la noche. Luce minúsculos puntitos rojos en un brazo, la mejilla, hombros y, especialmente, en ambas orejitas.

Luego de unos días, ya en la nublada ciudad, S visita a B y conversan. Sorben vino, ríen y disfrutan el canto despreocupado de Sabina mientras repasan las anécdotas del viaje. Los puntitos en S aún no se desvanecen. Es raro, ya deberían haber desaparecido; y para colmo aún me pican, a este paso terminaré yendo al doctor por si las dudas, se queja extrañada. La noche transcurre hasta que B, bajo el imperio del instinto, besa a S. Ella, con nitroglicerina por dentro, le responde el beso. Él, como descifrando de golpe un misterio, sabe lo que debe hacer. Recorre con su boca cada uno de los puntos rojos que la atormentan. Los besa con ternura, los muerde con suave desahogo, con regocijo, sin prisa. S advierte, cual si fuera un reflejo, el vago impulso de lanzarle un 'manazo', pero sonrío y lo abraza. Como uno de esos personajes oscuros que siembran plagas para, luego, proveer la solución, B pone (inicio y) fin a las molestias de S.